

50. Pedro Eguillor Atteridge

(Bilbao, 27-VI-1877 – 4-I-1937)

ORIGEN FAMILIAR: La familia Eguillor-Atteridge vivía en la calle Correo en el número 21, tercer piso. Entonces a la entrada del Arenal y muy cerca de San Nicolás. El padre se llamaba Pedro Eguillor Sarachu, nacido en Barakaldo. Fue concejal de la comisión de hacienda del Ayuntamiento de Bilbao, con el alcalde Pablo Alzola, el mismo año que nació su hijo. Su madre se llamaba Isabel Atteridge Paxton, nacida en La Habana (Cuba). La vida y los juegos infantiles de Pedro Eguillor transcurren en los soportales de la Plaza Nueva, la calle Correo, la Plazuela de San Nicolás y las Calzadas de Mallona donde se halla el Instituto Vizcaíno. Su hermana María Concepción era la mayor, había nacido el año 1870, luego él y el pequeño Alejandro que nació en el año 1882. El tío Sebastián Eguillor Sarachu era uno de los cincuenta mayores pudientes de Bizkaia, según el Irurac-Bat de 1875. El 20 de diciembre de 1883 muere el padre de Pedro de una congestión cerebro-pulmonar. Algunos años después muere su madre Isabel Atteridge Paxton, el 23 de abril de 1891, de tifus, dejando huérfanos a los dos chicos menores de edad, ya que la hija mayor, María Concepción, se había casado el 22 de enero de 1890 con Ángel Galindez Bermejillo. Los hijos heredan algunas casas: la número diez y nueve y la cuatro de la calle de La Sierra (hoy Buenos Aires). Las casas que heredaron estaban en régimen de alquiler, lo que les reportaba a cada uno algunos miles de pesetas al año. Pedro Eguillor se casa con Milagros Barandiaran Bárcena, de Castro Urdiales, el 3 de septiembre de 1874, cuya hermana Asunción casó con Federico Moyua, el que fuera famoso alcalde de Bilbao. Tuvieron tres hijos: Rafael, Alejandro e Isabel, la niña que murió de difteria con trece años. Sus suegros se llamaban María Asunción Bárcena y su marido Eduardo Barandiaran Tejada, importante hombre de negocios. Era el dueño de Barandiaran y Compañía. Hay un chico con el que Pedro mantiene una amistad especial, Esteban Bilbao Eguía, que es dos años más joven que él. A los dos jóvenes se les podía ver por la calle Jardines donde estaba la Juventud Carlista y también la Sociedad Tradicionalista: esta última contaba a principios del siglo XX con seiscientos socios.

ESTUDIOS: Estudió bachillerato en el Instituto Vizcaíno que tenía un gran nivel educacional y dependía de la Diputación de Bizkaia, con un buen profesorado de reconocida valía. Pedro era un muchacho despierto e inteligente, con menciones honoríficas en Historia Universal, Aritmética, Álgebra, Retórica Política y Lengua Francesa. Los idiomas se le daban con mucha facilidad. Termina el bachiller el 4 de enero de 1893, con diez y seis años. Estudia Derecho en la Universidad de Deusto y abrió su bufete el año 1907 en Gran Vía, 35, segundo piso, pero dejó la profesión al de muy poco tiempo. Como heredero de una considerable fortuna, se pudo permitir vivir sin trabajar y consagrarse a lo que más le gustaba “la vida intelectual”. Según cuenta Areilza, “su vocación le llevó al estudio y a la lectura. Toda la moderna corriente de pensamiento reaccionario de Europa, desde las escuelas francesas a las alemanas, pasando por el tamiz de Sorel y de Nietzsche, era conocida y expuesta por Eguillor desde antes de la guerra del 14. Spengler, Moller van der Bruck, Bainville, Chamberlain, Maurras, tuvieron acaso en Pedro su primer apasionado lector en España”. Se trata de ideólogos más o menos alejados de la Iglesia, representantes, con matices propios, de un nacionalismo antiparlamentario y xenófobo, belicista e imperialista. La apología de la guerra de Sánchez Mazas, las “integraciones nacionalistas” de Basterra o

el “nuevo mito” de Zuazagoitia beben sin duda de las fuentes de estos nacionalismos europeos servidos por Pedro Eguillor.

COSTUMBRES CULTURALES: Pedro Eguillor ocupaba su tiempo con la lectura de libros, periódicos, revistas, las charlas y la sobremesa en el café Lion D’Or, después de la comida hasta el anochecer. Por su casa pasaba mucha gente de toda clase y condición. Después de una sustanciosa comida se iba al café. Había conseguido leer en el idioma original de Moliere, Shakespeare, Virgilio, Schiller, Camoens, Rosalía de Castro, Verdaguer y Dante. Era un verdadero políglota. Hombre de gran curiosidad y voracidad intelectual, recibía libros y revistas de las más distintas procedencias. Otra de sus cualidades era la facilidad para el dibujo a lápiz o carboncillo, la familia conserva en carpetas muchos de sus dibujos con trazos rápidos y seguros. Por los largos pasillos de su casa se podían ver los anaqueles con sus libros, de los más variados temas. Su extensa biblioteca contaba con cerca de 20.000 volúmenes, según las fichas que se hicieron al morir y ser donada por su viuda al consistorio bilbaíno.

TERTULIA DEL CAFÉ LION D’OR Y ESCUELA ROMANA DEL PIRINEO: Al morir el doctor Areilza en 1926, Pedro Eguillor presidirá la tertulia del café Lion D’Or. Le vienen a la memoria con especial cariño las excursiones montaÑeras organizadas por el doctor Areilza con todo el grupo de tertulianos a Gredos, Silos, Moncayo (a este último monte subieron en burro). El doctor Areilza le llamaba don Pedrito y decía de él que no tenía perseverancia para ciertos trabajos. Adolfo Guiard decía que le llamaban en diminutivo porque le miraban con el catalejo al revés. Un periodista le llamó “El Sócrates Bilbaíno”. El joven Areilza, José María, que asistía a las tertulias cuando sus estudios se lo permitían, recuerda lo que le dijo en cierta ocasión: “Quiero que te formes bien, que tengas el espíritu abierto y no caigas en la cazurrería aldeana del provincialismo”. Con Miguel Unamuno que tenía un carácter difícil y una personalidad muy fuerte, no coincidía en muchas cosas. Pero tenían una vieja y entrañable amistad y un respeto mutuo. Don Miguel le regaló un libro de piel en tamaño octavo, con diez poemas escritos de su puño y letra, fechados en el año 1910, que conserva la familia como un recuerdo muy querido. Parte de los integrantes de esta tertulia conformaría la conocida como “Escuela Romana del Pirineo”, bajo la inspiración de Ramón de Basterra, e integrada por Rafael Sánchez Mazas, Pedro Murlane Michelena, José María Salaverría, Esteban Calle Iturrino, Joaquín de Zuazagoitia y Fernando de la Quadra Salcedo.

AFICIÓN POR LA GASTRONOMÍA: Era un ser intelectual de talante apabullante y vagaroso, que tenía una flaqueza: la gastronomía. A las nueve de la mañana salía a la calle con su cocinera vasca, al mercado de la Ribera. Para la selección y compra de los alimentos llevaban un enorme cesto de rafia. Era un verdadero gourmet. Hasta el punto que dedicó un poema al “bonito”, publicado en el libro de cocina de la Marquesa de Parabere, que todas las bilbaínas de bien tenían en su casa. Era un libro de cocina completo y no para principiantes y el poema comienza así:

De un bonito carne palpitante
corta en pequeños trozos que sofríe
con buen tomate y pimiento picante
luego lo deja a que en hervor cortante
la blanca vianda a su sazón se alíe

Este es uno de los pocos poemas que se conservan de Eguillor.

PRECURSOR DE LOS REGÍMENES DE DICTADURA: Pedro Eguillor influyó de manera principal y desde los días de la Gran Guerra en la adopción de las nuevas ideologías nacionalistas y autoritarias –de las que fue un precursor– por parte de los intelectuales y políticos de la derecha españolista de Bilbao, la que a la postre se impondría en la Guerra Civil. Enseñó a Areilza el primer ejemplar de *La Conquista del Estado*, el semanario de Ramiro Ledesma Ramos, llegado a Bilbao en 1931. Era vital y brillante, patriota y militarista. Todos insisten en lo determinante de su magisterio intelectual sobre cuantos le escucharon. “No ha existido un solo bilbaíno que haya cultivado las letras o la política –dice Zuazagoitia– que no le deba gran parte de su pensamiento: Ramón de Basterra. Lequerica, Mourlane Michelena, Sánchez Mazas, Adán...”. Sus admoniciones sobre el hundimiento de la democracia y la necesidad de regímenes de dictadura son muy tempranas. Según Areilza “desde 1917, por lo menos, ya venía tronando desde su escaño cafeteril sobre la necesidad de que un grupo de coroneles se hiciera cargo de la gobernación del Estado”. Acogió con júbilo la Dictadura de Primo de Rivera, aunque más tarde, como Lequerica, discrepó de ella por su falta de contenido ideológico y de voluntad de configurarse como régimen permanente. En síntesis, Eguillor “gritaba desde su rincón en el café los peligros ciertos de la revolución inminente: hablaba con lenguaje nuevo de la inevitable transformación social del mundo; resumía en imágenes fulgurantes los procesos políticos europeos; ventilaba novedades literarias y, sobre todo, ideológicas”. Su mensaje fue que “en el mundo sonaban horas de extrema gravedad que anunciaban transiciones decisivas”, y que había que “debelar el tópico banal de que la democracia (era) un axioma inmovible de la civilización moderna”. El peligro de la revolución, la salvación en los regímenes autoritarios: un miedo y una esperanza resumían, pues, el mensaje de Eguillor. No otro será el mensaje voceado por el monarquismo durante la República. Eguillor –como Lequerica y Zuazagoitia en los años veinte, y como otros muchos en los años treinta– encarriló las perspectivas de los sectores conservadores locales en un sentido de pesimismo, alarma y defensa, que habría de constituir el trasfondo que atrajese a muchos a posiciones reaccionarias. Más concretamente, la receta de Eguillor se resumía en el gobierno de los militares, de cuatro generales o cuatro coroneles, o aun de cuatro sargentos o cuatro modestos guardias civiles. Olascoaga evoca algunas actuaciones de Eguillor que dejan entrever la naturaleza de su íntimo fervor patriótico y militarista. Por ejemplo, el telegrama que dirigió al ministro de Guerra, Juan de la Cierva, rogándole que ordenase la inscripción en los muros de las iglesias de los nombres de los caídos por la patria en las campañas del Rif. “Con ternura paternal cuidaba don Pedro de honrar a los militares muertos en servicio patrio; ya haciendo recordar en los periódicos efemérides de gestas heroicas, ya enviando al entierro de cualquier digno militar de esta plaza una corona que, para todos, menos nosotros, era anónima. Y por su iniciativa también se celebraron en Bilbao actos en honor de jóvenes oficiales bilbaínos caídos gloriosamente en África”. Este militarismo se plasmará en la II República en una tentación permanente de las derechas antiliberales: la conspiración militar.

LA VISIÓN DE CESAR GONZÁLEZ RUANO: César González Ruano hace memoria de Eguillor y de sus visitas a Bilbao: “en Bilbao existía un grupo muy interesante que se reunía en el café Lion D’Or de la Gran Vía. Presidía la gran tertulia Pedro Eguillor, un raro y magnífico personaje que aglutinó durante años a la intelectualidad bilbaína. Era un hombre rico, muy enterado de literatura, pero no escribía. Su casa tenía fama en todo el País Vasco por la cocina y las comidas fabulosas que daba, a mí me invitó dos veces. Ya era un hombre de mediana edad, con melena canosa, corpulento y con un rostro un

tanto infantil de aldeano. Era un conversador muy ameno y sus bolsillos iban repletos de periódicos. Su recia figura, la expresión del rostro siempre sonriente y amable”.

ENCARCELAMIENTO Y MUERTE: Corría el mes de diciembre de 1936. Unos centenares de vizcaínos estaban en cautiverio, según opinión del Gobierno Vasco, como simple medida de precaución y protección. Todos ellos eran hombres de derechas sin ninguna responsabilidad o cargo político. Pero eran solo unos rehenes, una contrapartida humana, un seguro contra posibles ataques aéreos, según relato de José María Salaverría. No quiso Telesforo Monzón, responsable de Interior, enviar a la Ertzaintza para evitar enfrentamientos con las milicias de la izquierda. Fue recluido en los Ángeles Custodios. Pedro Eguillor era uno de los escépticos, cuando se hablaba del próximo canje. ¡Ya verá como todo queda en nada! Se les había hecho creer que el canje era inminente y los pobres estaban tan contentos con las maletas hechas. Y Pedro Eguillor pretendía detener la furia solo con su palabra. Su amigo y compañero de tertulia en el Lion D’Or, Wilhelm Wakonigg, cónsul honorario de Austria y Hungría, el 20 de septiembre de 1936 hizo gestiones, moviendo influencias, para conseguir su liberación sin ningún resultado positivo. El lehendakari Aguirre dispuso de tres batallones de la UGT para que defendieran a los presos y cumplieran su cometido a rajatabla. A Pedro Eguillor y sus compañeros los asesinaron a machetazos. El 4 de enero de 1937, por la tarde y después de un bombardeo de escuadrillas alemanas, la horda roja subió la cuesta de Zabalbide y penetrando en la cárcel de Larrinaga, casa Galera, el convento de los Ángeles Custodios y el Carmelo asesinaron a 51 presos de la primera, otros 51 de la segunda, 106 en la tercera y 5 en la última. “¡Qué dirá Inglaterra!” se preguntaba Telesforo Monzón. Fue un episodio muy sucio en la historia del PNV (aquí cita César Estornes, a quien seguimos, el testimonio de Jon Juaristi, en su columna de ABC de 23 de febrero de 2009, pero esta fecha es errónea, porque no corresponde a ninguna columna de este autor, en su lugar hemos encontrado otro artículo del mismo Juaristi, en el digital El Imparcial, titulado “Turbas”, de 25-6-2014, donde hace referencia a estos hechos). El notario de Amurrio Luis Hoyos Gascón, amigo y contertulio del finado, consiguió un permiso del juez de guardia para entrar en el cementerio y contempló, a la luz pálida y temblorosa de una vela, un horrendo cuadro de doscientos trece cadáveres. Le acompañaban un alguacil y un sepulturero. Al señalar el cadáver de don Pedro, el sepulturero le dijo algo que tiene valor de epitafio: “¡Mire Vd. que matar a este hombre!” El tres de julio de 1938 se celebró en San Vicente Mártir una misa a las 9:30, oficiada por Domingo Abona, ayudado por el señor Anduiza. A las diez horas de ese mismo día en el café Lion D’Or se colocó una emotiva placa que decía: “En este rincón, Pedro Eguillor hablaba todos los días de España”, obra de Luis Elejabeitia y trabajada en la casa de Alfredo Álvarez. Se mandaron telegramas de adhesión, el escultor Moisés Huerta, Eugenio D’Ors. El día 15 de marzo de 1939 a las cinco de la tarde, se trasladaron sus restos mortales desde el panteón familiar a una cripta construida por el Ayuntamiento de Bilbao donde reposaban otros asesinados. Acudieron el alcalde de Bilbao, José Félix de Lequerica, los hijos del asesinado Alejandro y Rafael, Eduardo Barandiaran el suegro, su señora, Ángel Galindez y el presbítero Luis Urrutia. Su suegra, la señora de Barandiaran, colocó sobre el ataúd un precioso ramo de flores. No hubo hombre de espíritu que se le acercase que no quedase impresionado por aquel torrente de ideas y de imágenes que fluían de sus labios, relata Joaquín Zuazagoitia. El 8 de septiembre de 1974 La Gaceta del Norte, con motivo de su centenario, le hizo una entrevista a Milagros Barandiaran Bárcena, la viuda de Pedro Eguillor, que falleció el 1 de septiembre de 1976, con ciento dos años.

FUENTES: La base de este trabajo es el excepcional documento contenido en dos entradas en el blog de César Estornés (memoriasclubdeportivodebilbao.blogspot.com), consultado durante el verano de 2014. El trabajo dedicado a Pedro Eguillor aparece ahí dividido en dos partes, correspondientes a las entradas de los días 3 y 6 de febrero de 2014, y en los que al final su autor agradece los datos obtenidos a la familia Eguillor-Mogrovejo y apunta estas fuentes: Archivo de la Hemeroteca Nacional de Madrid, Hemeroteca y Archivo de la Diputación foral de Bizkaia y el trabajo Aproximación a la Falange Española en el País Vasco, de Iñaki Fernández Redondo, disponible en Red. También hemos consultado Gabriel Plata Parga, La derecha vasca y la crisis de la democracia española, 1931-1936 (Bilbao, Diputación, 1991, pp. 28-30).